

Americanah

CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE

Traducción de
Carlos Milla Soler



LITERATURA RANDOM HOUSE

*Este libro es para nuestra próxima generación, ndi na-abia n'iru:
Toks, Chisom, Amaka, Chinedum, Kamsiyonna y Arinze.*

Para mi maravilloso padre en este su octogésimo año.

Y, como siempre, para Ivara.

PRIMERA PARTE

Princeton, en verano, no olía a nada, y si bien a Ifemelu le gustaba el plácido verdor de los numerosos árboles, las calles limpias y las casas regias, las tiendas con precios exquisitamente prohibitivos y el aire tranquilo e imperecedero de elegancia ganada a pulso, era eso, la falta de olor, lo que más la atraía, quizá porque las otras ciudades estadounidenses que conocía bien poseían olores muy característicos. Filadelfia exhalaba el tufo a viejo de la historia. New Haven olía a abandono. Baltimore olía a salitre, y Brooklyn a basura recalentada por el sol. Princeton, en cambio, no tenía olor. Allí le gustaba respirar hondo. Le gustaba observar a los habitantes, que conducían con ostensible cortesía y aparcaban sus coches último modelo frente a la tienda de alimentos ecológicos de Nassau Street o frente a los restaurantes japoneses o frente a la heladería que ofrecía cincuenta sabores distintos, incluido el de pimiento morrón, o frente a la estafeta de correos, donde los efusivos empleados salían a la entrada a recibirlos en el acto. Le gustaba el campus, imbuido de la solemnidad del conocimiento, los edificios góticos con sus muros revestidos de enredaderas, y ese momento en que, llegada la penumbra de la noche, todo se transformaba en un escenario espectral. Le gustaba, en particular, que en ese entorno de próspero desahogo, ella pudiera fingir ser otra persona, una persona admitida expresamente en un sacrosanto club estadounidense, una persona ornada de certidumbre.

Pero no le gustaba tener que desplazarse hasta Trenton para trenzarse el pelo. No cabía esperar que en Princeton hubiera una peluquería donde trenzaran el pelo —las pocas negras que había visto en la ciudad tenían la piel tan clara y el pelo tan lacio que no se las imaginaba con trenzas—, y aun así, mientras esperaba el tren en la estación de Princeton Junction una tarde sofocante, se preguntaba por qué no había allí ningún sitio donde trenzarse el pelo. La chocolatina que llevaba en el bolso se había derretido. En el andén aguardaban unas pocas personas más, todas blancas y delgadas, con ropa corta y ligera. El hombre más cercano a ella comía un cucurucho; eso siempre le había parecido un tanto irresponsable, que un hombre estadounidense adulto comiera cucuruchos, y muy en especial que un hombre estadounidense adulto comiera cucuruchos en público. Cuando el tren apareció por fin entre chirridos, el hombre en cuestión se volvió hacia ella y dijo: «Ya era hora», hablándole con la familiaridad que adoptan los desconocidos después de compartir la decepción de un mal servicio público. Ella le sonrió. El hombre llevaba peinado hacia delante el cabello entrecano de la parte de atrás de la cabeza, un recurso cómico para disimular la calva. Debía de ser profesor universitario, pero no de humanidades, o habría sido más timorato. De una ciencia sólida como la química, quizá. En otro tiempo ella habría contestado: «Desde luego», esa peculiar expresión que manifestaba conformidad más que cuantificación, y acto seguido habría entablado conversación con él, para ver si contaba algo que pudiera utilizar en su blog. La gente se sentía halagada cuando se le preguntaba acerca de sí misma, y si ella permanecía callada cuando su interlocutor acababa de hablar, lo inducía a decir algo más. La gente estaba programada para llenar los silencios. Si alguien le preguntaba a qué se dedicaba, ella respondía vagamente: «Escribo un blog sobre estilo de vida», porque decir «Escribo un blog anónimo titulado *Raza o Diversas observaciones acerca de los negros estadounidenses (antes denigrados con otra clase de apelativos) a cargo de una negra no estadounidense*» los incomodaría. Lo había dicho,

no obstante, unas cuantas veces. Una a un blanco con rastas que se sentó a su lado en el tren, su pelo semejante a viejas cuerdas de bramante terminadas en pelusa rubia, su andrajosa camisa lucida con devoción suficiente para convencerla de que era un guerrero social y podía ser un buen bloguero invitado. «Hoy día la raza está sobredimensionada, los negros tienen que superar lo suyo, ahora todo se centra en la clase, los ricos y los desposeídos», declaró él con tono ecuánime, y ella lo usó como encabezamiento de un post titulado: «No todos los estadounidenses blancos con rastas pasan». Otro caso fue el hombre de Ohio, que viajó apretujado junto a ella en un avión. Un ejecutivo intermedio, estaba segura, a juzgar por el traje amorfo y la camisa con el cuello de distinto color. Este quiso saber qué se entendía por «blog sobre estilo de vida», y ella se lo explicó, previendo que él se refugiaría en una actitud reservada, o pondría fin a la conversación con una frase defensivamente insulsa como «La única raza que importa es la raza humana». En cambio dijo: «¿Ha escrito alguna vez sobre la adopción? En este país nadie quiere niños negros, y no me refiero a los birraciales, me refiero a los negros. Ni siquiera las familias negras los quieren».

Le contó que su mujer y él habían adoptado a un niño negro, y sus vecinos los miraban como si fueran mártires de una causa dudosa por propia elección. Su post sobre él en el blog, «Los ejecutivos intermedios blancos mal vestidos de Ohio no siempre son lo que parecen», fue el que más comentarios recibió ese mes. Aún se preguntaba si él lo habría leído. Esperaba que sí. A menudo, sentada en cafeterías, o aeropuertos, o estaciones de ferrocarril, observaba a los desconocidos, imaginaba sus vidas y se preguntaba quiénes entre ellos habrían leído su blog. Ahora ya su ex blog. Había escrito el último post hacía solo unos días, con una estela de doscientos setenta y cuatro comentarios hasta el momento. Todos esos lectores, en aumento mes a mes, con sus enlaces y sus envíos cruzados, que sabían tanto más que ella... siempre la habían asustado y entusiasmado a la vez. DerridaSáfica, una de las participantes

más asiduas, escribió: «Me sorprende un poco que esté tomándome esto de manera tan personal. Suerte en ese “cambio de vida” indeterminado que planeas, pero vuelve pronto a la blogosfera, por favor. Has empleado esa voz tuya, tan irreverente, intimidatoria, divertida y estimulante, para crear un espacio donde mantener conversaciones reales sobre un tema importante». Los lectores como DerridaSáfica, que en sus comentarios desgranaban datos estadísticos y usaban palabras como «reificar», ponían nerviosa a Ifemelu, le despertaban el deseo de ser original e impresionar, y con el paso del tiempo empezó a sentirse como un buitre hincando el pico en la carroña de experiencias ajenas en busca de algo que utilizar. A veces introducía frágiles vínculos con la raza. A veces sin creerse a sí misma. Cuanto más escribía, menos segura se sentía. A cada post se desprendía una escama más de su propia identidad, y al final se sintió desnuda y falsa.

El hombre del helado se sentó junto a Ifemelu en el tren, y ella, para no dar pie a la conversación, fijó la mirada en una mancha marrón cerca de sus pies, un frapuchino derramado, hasta que llegaron a Trenton. Abarrotaban el andén personas negras, muchas de ellas gordas, con ropa corta y ligera. Aún la sobrecogía que unos minutos de viaje en tren representaran una diferencia tan grande. Durante su primer año en Estados Unidos, cuando tomaba un tren desde New Jersey Transit hasta Penn Station y luego el metro para visitar a la tía Uju en el barrio de Flatlands, le llamaba la atención que los viajeros que se apeaban en las paradas de Manhattan fueran en su mayoría blancos y esbeltos y, a medida que el tren se adentraba en Brooklyn, los viajeros fueran en su mayoría negros y gordos. Aun así, en su cabeza no usaba la palabra «gordos» al pensar en ellos; usaba la palabra «grandes», porque una de las primeras cosas que le dijo su amiga Ginika fue que, en Estados Unidos, «gordo» era un término ofensivo, tan cargado de enjuiciamiento moral como «idiota» o «mamón», no simplemente descriptivo como «bajo» o «alto». Así que había excluido «gordo» de su vocabulario. Pero «gordo» volvió a Ifemelu

el invierno anterior, después de casi trece años, cuando un hombre, detrás de ella en la cola del supermercado, masculló: «A los gordos no les conviene comer esa mierda», mientras ella pagaba por una bolsa de Tostitos de tamaño familiar. Ella, atónita, ligeramente ofendida, le lanzó una mirada, y lo consideró un post perfecto para el blog, el hecho de que aquel desconocido hubiera decidido que estaba gorda. Pondría al post la etiqueta «raza, género y envergadura corporal». Pero ya en casa, de pie ante la verdad del espejo, comprendió que había cerrado los ojos, durante demasiado tiempo, a la nueva tirantez en su ropa, la fricción en la cara interna de los muslos, el temblor, cuando se movía, de las partes más fofas y redondas de su cuerpo. Ciertamente estaba gorda.

Pronunció la palabra «gorda» despacio, paladeándola, y pensó en todas las demás cosas que había aprendido a no decir en voz alta en Estados Unidos. Estaba gorda. No era curvilínea ni tenía los huesos grandes; estaba gorda: esa era la única palabra que le sabía a verdad. Y había cerrado los ojos, asimismo, al cemento depositado en su alma. Su blog iba sobre ruedas, con millares de visitantes únicos todos los meses, sus honorarios por charlas eran aceptables, y disfrutaba de una beca de investigación en Princeton y una relación con Blaine —«Eres el gran amor de mi vida», había escrito él en su última felicitación de cumpleaños—, y a pesar de todo tenía cemento depositado en el alma. Eso llevaba ahí ya un tiempo, un trastorno de fatiga a primera hora de la mañana, una pesadumbre y una insularidad. Llegó acompañado de afanes amorfos, deseos indefinidos, breves atisbos imaginarios de otras vidas que acaso podría estar viviendo, y con el transcurso de los meses todo eso se fundió en una desgarradora añoranza. Exploró páginas web nigerianas, perfiles nigerianos en Facebook, blogs nigerianos, y cada clic del ratón sacaba a la luz una historia más de una persona joven que había vuelto recientemente al país, revestida de títulos académicos estadounidenses o británicos, para crear una sociedad de inversión, una productora musical, un casa de modas, una revista, una franquicia de una cadena

de comida rápida. Contempló fotografías de esos hombres y mujeres y sintió el dolor sordo de la pérdida, como si ellos le hubiesen abierto la mano por la fuerza y le hubiesen arrebatado algo que era suyo. Vivían la vida de ella. Nigeria se convirtió en el lugar donde debía estar, el único sitio donde podía hundir sus raíces sin el incesante anhelo de arrancarlas y sacudirse la tierra. Y estaba también Obinze, claro. Su primer amor, su primer amante, la única persona con quien nunca había sentido la necesidad de explicarse. Ahora él era marido y padre, y habían perdido el contacto hacía años; así y todo, no podía engañarse pensando que él no formaba parte de su añoranza, o que ella no se acordaba de él con frecuencia, cuando en realidad examinaba su pasado juntos, buscaba augurios de algo que era incapaz de nombrar.

El grosero desconocido del supermercado —quien a saber con qué problemas debía lidiar él mismo, viendo las marcadas ojeras y los finos labios que tenía— se proponía ofenderla y en cambio, con su pulla, la había despertado.

Empezó a planear y a soñar, a presentar solicitudes para empleos en Lagos. Al principio no se lo dijo a Blaine, porque quería completar el período cubierto por la beca en Princeton, y luego, cuando acabó la beca, no se lo dijo porque quería concederse un tiempo para estar segura. Pero, con el paso de las semanas, supo que nunca estaría segura. Le dijo, pues, que volvía a su país sin más, y añadió: «Tengo que hacerlo», consciente de que él oiría en sus palabras el sonido de un final.

«¿Por qué?», preguntó Blaine, casi automáticamente, estupefacto ante el anuncio. Allí estaban, en el salón de la casa de Blaine en New Haven, envueltos por el suave jazz y la claridad del día, y ella lo miró, al bueno de él, perplejo, y tuvo la sensación de que el día adquiriría un cariz triste, épico. Vivían juntos desde hacía tres años, tres años sin una sola arruga, como una sábana bien planchada, hasta su única pelea, hacía unos meses, cuando Blaine, helándosele la mirada en una expresión de reproche, se negó a dirigirle la palabra. Pero habían sobrevivido a esa pelea, gracias en esencia a Barack Obama, reno-

vando sus lazos por medio de su común pasión. La noche de las elecciones, antes de que Blaine la besara, su rostro bañado en lágrimas, la estrechó con fuerza como si la victoria de Obama fuese también una victoria personal de ellos dos. Y ahora iba ella y le decía que todo había terminado. «¿Por qué?», preguntó él. En sus clases Blaine enseñaba ideas con matices y complejidad, y aun así le pedía una única razón, la *causa*. Pero Ifemelu no había experimentado una epifanía nítida y no había causa; era sencillamente que se había acumulado en ella una capa tras otra de descontento, formando una masa que ahora la impulsaba. Eso a él no se lo dijo, porque le habría dolido saber que ella se sentía ya así desde hacía un tiempo, que su relación con él era como estar a gusto en una casa pero pasarse el día sentada junto a la ventana, mirando afuera.

«Llévate la planta», le dijo Blaine, el último día que lo vio, mientras ella recogía la ropa que tenía en su apartamento. Allí de pie, en la cocina, se lo veía derrotado, los hombros hundidos. La planta de interior era de él, tres tallos de bambú con prometedoras hojas verdes, y cuando Ifemelu la cogió, se sintió traspasada por una súbita y demoledora soledad que la acompañó durante semanas. A veces aún la sentía. ¿Cómo era posible echar de menos algo que ya no se deseaba? Blaine necesitaba lo que ella era incapaz de dar y ella necesitaba lo que él era incapaz de dar, y era eso lo que la apenaba, la pérdida de lo que podría haber sido.

Así que allí estaba Ifemelu, aquel día rebosante de la opulencia del verano, a punto de trenzarse el pelo para el viaje de regreso a su tierra. Un calor pegajoso se posaba en su piel. En el andén de Trenton había personas el triple de corpulentas que ella, y contempló con admiración a una en particular, una mujer con una falda cortísima. Ifemelu no le otorgaba el menor valor a exhibir unas piernas delgadas bajo una minifalda —a fin de cuentas, era fácil y no entrañaba riesgo alguno enseñar unas piernas a las que el mundo daba su conformidad—, pero el acto de aquella mujer gorda tenía que ver con la callada convicción que una solo compartía consigo misma, una

sensación de aceptabilidad que otros no veían. Su decisión de volver era análoga; siempre que la acechaban las dudas, se veía a sí misma irguiéndose valerosamente sola, casi heroica, a fin de acallar la incertidumbre. La mujer gorda era co-coordinadora de un grupo de adolescentes que aparentaban dieciséis o diecisiete años. Se apiñaban alrededor de ella, riendo y charlando, con la publicidad de unas colonias de verano en las camisetas amarillas. A Ifemelu le recordaron a su primo Dike. Uno de los chicos, alto, de piel muy oscura, con la compleción musculosamente magra de un atleta, era clavado a Dike. Aunque Dike jamás se habría puesto un calzado como aquel, parecido a unas alpargatas. Unas «llantas chungas», las habría llamado. Esa era nueva; se la había oído usar por primera vez hacía unos días, cuando él le contó que había ido de compras con la tía Uju. «Mamá quería endosarme una zapatillas ridículas. ¡Vamos, prima, ya sabes que yo no me pongo esas llantas chungas!»

Ifemelu se incorporó a la cola de la parada de taxis frente a la estación. Esperaba que el taxista no fuese nigeriano, porque, tan pronto como oyese su acento, o bien mostraría un agresivo interés en contarle que tenía un doctorado, que el taxi era un segundo empleo y que su hija había obtenido mención honorífica en Rutgers, o bien conduciría en mohíno silencio, le devolvería el cambio en monedas y se haría el sordo cuando ella le diera las gracias, consumido de principio a fin por la humillación de que una paisana nigeriana, para colmo una chiquita menuda, que acaso fuese enfermera o contable o incluso médica, lo mirase con aire de superioridad. En Estados Unidos todos los taxistas nigerianos estaban convencidos de que en realidad no eran taxistas. Era la siguiente en la cola. Su taxista era negro, de mediana edad. Ifemelu abrió la puerta y echó una ojeada al respaldo del asiento del conductor. «Mervin Smith.» No nigeriano, pero nunca se sabía. Allí los nigerianos adoptaban los nombres más diversos. Incluso ella había tenido una identidad distinta en otro tiempo.

—¿Qué tal? —preguntó el hombre.

Ella percibió de inmediato, con alivio, el acento caribeño.
—Muy bien. Gracias.

Le dio la dirección del Salón de Trenzado Africano Mariama. Era su primera visita a esa peluquería —su establecimiento habitual había cerrado porque la dueña volvía a Costa de Marfil para casarse—, pero sería idéntica, estaba segura, a los demás salones de trenzado africano que había conocido: se hallaban todos en la parte de la ciudad donde había pintadas, edificios con humedades y ninguna persona blanca; exhibían vistosos letreros con nombres como Salón de Trenzado Africano Aisha o Fatima; tenían radiadores que calentaban demasiado en invierno y aparatos de aire acondicionado que no enfriaban en verano; y reunían a un sinfín de trenzadoras de pelo francófonas del África Occidental, una de las cuales era la dueña y hablaba mejor el inglés y atendía el teléfono y era tratada con respeto por las demás. A menudo alguien llevaba un bebé a la espalda sujeto por medio de un paño. O un niño de corta edad dormía en un protector extendido sobre un sofá lastimoso. A veces se pasaban por allí críos mayores. Las conversaciones se desarrollaban en francés o en wólof o en malinké, y cuando hablaban en inglés a las clientas, era un inglés macarrónico, extraño, como si no hubiesen accedido gradualmente al idioma antes de incorporar el argot americano. Las palabras salían a medio acabar. En una ocasión una trenzadora guineana, en Filadelfia, le dijo a Ifemelu: «Osé, Do mí, aba moloca». Ifemelu necesitó muchas repeticiones para entender que la mujer decía: «O sea, Dios mío, estaba como loca».

Mervin Smith era un hombre animoso y parlanchín. Mientras conducía hablaba sobre el calor que hacía, y los apagones que sin duda se avecinaban.

—Estos son los calores que matan a los viejos. Si no tienen aire acondicionado, han de ir a un centro comercial, ¿sabe? En el centro comercial hay aire acondicionado gratis. Pero a veces no tienen a nadie que los lleve. La gente debería cuidar de los viejos —dijo, su jovial talante imperturbable pese al si-

lencio de Ifemelu—. ¡Ya hemos llegado! —anunció, y detuvo el vehículo frente a un edificio en un estado lamentable.

La peluquería estaba en medio, entre un restaurante chino llamado Alegría Feliz y una tienda de alimentación que vendía números de lotería. Dentro del salón se palpaba el abandono: la pintura desconchada, las paredes cubiertas de grandes pósters con peinados a base de trenzas y otros carteles menores donde se leía DEVOLUCIÓN RÁPIDA DE LA RENTA. Tres mujeres, todas en camiseta y bermudas, trabajaban en el cabello de clientas sentadas. Un pequeño televisor montado en la pared, en un rincón, con el volumen un poco demasiado alto, mostraba imágenes de una película nigeriana: un hombre pegaba a su mujer, la mujer se encogía y gritaba, la mala calidad del audio ofendía el oído.

—¡Hola! —saludó Ifemelu.

Todas se volvieron a mirarla pero solo una, que debía de ser la epónima Mariama, dijo:

—Hola. Bienvenida.

—Me gustaría hacerme trenzas.

—¿Qué clase de trenzas quieres?

Ifemelu respondió que quería un rizo apretado medio y preguntó cuánto costaba.

—Doscientos —respondió Mariama.

—El mes pasado pagué ciento sesenta.

Se había trenzado el pelo por última vez hacía tres meses.

Mariama permaneció en silencio por un momento, los ojos fijos de nuevo en el cabello que estaba trenzando.

—¿Ciento sesenta, pues?

Mariama se encogió de hombros y sonrió.

—Vale, pero la próxima vez tienes que volver aquí. Siéntate. Espera a Aisha. Enseguida acaba.

Mariama señaló a la trenzadora más menuda, que padecía una enfermedad en la piel: espirales decoloradas de un tono crema rosado en los brazos y el cuello de aspecto preocupantemente contagioso.

—Hola, Aisha —saludó Ifemelu.

Aisha miró de soslayo a Ifemelu, dirigiéndole un parquísimo gesto de asentimiento, su rostro inalterable, casi adusto en su inexpresividad. Se percibía algo extraño en ella.

Ifemelu se sentó cerca de la puerta; el ventilador colocado en la mesa desportillada estaba encendido en su máxima potencia pero no por ello el ambiente era mucho menos sofocante. Acompañaban al ventilador peines, bolsas de extensiones de pelo, voluminosas revistas con hojas sueltas, pilas de abigarrados DVD. En un rincón había una escoba apoyada, cerca del dispensador de caramelos y el herrumbroso secador que no se usaba desde hacía una eternidad. En el televisor, un padre pegaba a sus dos hijos, torpes puñetazos que hendían el aire por encima de sus cabezas.

—¡No! ¡Mal padre! ¡Mal hombre! —exclamó la otra trenzadora, mirando la pantalla y estremeciéndose.

—¿Eres nigeriana? —preguntó Mariama.

—Sí. ¿Y tú de dónde eres?

—Mi hermana Halima y yo somos de Mali. Aisha es senegalesa.

Aisha no alzó la vista. Halima, en cambio, sonrió a Ifemelu, y aquella fue una sonrisa que, en su cálida complicidad, daba la bienvenida a otra africana; no habría sonreído igual a una estadounidense. Bizqueaba de manera notable, orientadas las pupilas en direcciones opuestas, hasta tal punto que Ifemelu quedó desconcertada, sin saber muy bien qué ojo ponía Halima en ella.

Ifemelu se abanicó con una revista.

—Qué calor hace —comentó. Al menos esas mujeres no le dirían: «¿Tienes calor? ¡Pero si eres africana!».

—Es una ola de calor espantosa. Lástima que el aire acondicionado se averiase ayer —dijo Mariama.

Ifemelu sabía que el aire acondicionado no se había averiado ayer, se había averiado mucho antes, quizá siempre había estado averiado; aun así, asintió y dijo que tal vez se había estropeado por exceso de uso. Sonó el teléfono. Mariama descolgó y, al cabo de un momento, respondió: «Ven ahora», las

mismas palabras que habían inducido a Ifemelu a dejar de pedir hora a los salones de trenzado africano. «Ven ahora», decían siempre, y cuando llegabas, te encontrabas a dos personas esperando para hacerse microtrenzas y la dueña aún te decía: «Espera, mi hermana ya viene a ayudarme». Volvió a sonar el teléfono, y Mariama habló en francés, levantando la voz, y dejó de trenzar para gesticular con la mano mientras vociferaba por el teléfono. Luego desplegó un impreso de Western Union sacado del bolsillo y empezó a leer los números:

—*Trois! Cinq! Non, non, cinq!*

La mujer en cuyo pelo realizaba unas diminutas trenzas cosidas que casi dolía verlas dijo con aspereza:

—¡Venga! ¡No voy a pasarme aquí todo el día!

—Perdona, perdona —respondió Mariama.

Con todo, terminó de repetir los números de Western Union antes de seguir trenzando, encajado el auricular entre el hombro y la oreja.

Ifemelu abrió su novela, *Cane*, de Jean Toomer, y la hojeó. Hacía ya tiempo que tenía intención de leerla, e imaginaba que le gustaría, porque a Blaine no le gustaba. Una «ejecución consumada», había sido el término elegido por Blaine para describirla con ese tono de discreta paciencia que adoptaba cuando hablaban de novelas, como si estuviera convencido de que ella, con un poco más de tiempo y un poco más de sabiduría, llegaría a aceptar que las novelas que le gustaban a él eran superiores, novelas escritas por hombres jóvenes, o tirando a jóvenes, y rebosantes de *cosas*, una aglomeración fascinante y confusa de marcas y música y cómics e iconos, pasando por las emociones de refilón, y donde cada frase era elegantemente consciente de su propia elegancia. Ifemelu había leído muchas, porque él se las recomendaba, pero eran como algodón de azúcar que se evaporaba muy fácilmente en la memoria de su lengua.

Cerró la novela; con aquel calor era difícil concentrarse. Comió un poco de chocolate derretido, mandó un sms a Dike para que la llamara al salir del entrenamiento de baloncesto y

se abanicó. Leyó los letreros en la pared de enfrente —NO SE HARÁN ARREGLOS EN LAS TRENZAS PASADA UNA SEMANA. NO SE ACEPTAN CHEQUES. NO SE DEVUELVE EL DINERO—, pero se cuidó mucho de mirar hacia los rincones del salón porque sabía que vería mazacotes de papel de periódico mohoso apelotonados bajo las tuberías y mugre y cosas podridas hacía mucho tiempo.

Por fin Aisha terminó con su clienta y preguntó a Ifemelu de qué color quería las extensiones.

—El color cuatro.

—Mal color —contestó Aisha en el acto.

—Es el que uso.

—Queda sucio. ¿No quieres color uno?

—El color uno es demasiado negro, se ve poco natural —adujo Ifemelu mientras se aflojaba el pañuelo ceñido a la cabeza—. A veces uso el color dos, pero el cuatro se acerca más al mío.

Aisha se encogió de hombros, un gesto altanero, como si no fuera problema suyo si su clienta tenía mal gusto. Metió la mano en un armario, sacó dos bolsas de extensiones y las examinó para cerciorarse de que ambas eran del mismo color.

Tocó el pelo a Ifemelu.

—¿Por qué no pones alisador?

—Me gusta llevar el pelo tal como lo hizo Dios.

—Pero ¿cómo te peinas? Difícil peinar —dijo Aisha.

Ifemelu, sacando su propio peine, se lo pasó con delicadeza por el pelo, denso, suave y muy rizado, hasta que le circundó la cabeza como un halo.

—No es difícil peinarlo si lo humedeces debidamente —explicó, adoptando un tono persuasivo de proselitista que empleaba cuando se proponía convencer a otras mujeres negras de las bondades de dejarse el pelo al natural. Aisha soltó un bufido; saltaba a la vista que no entendía por qué alguien elegía los sufrimientos de peinarse un pelo al natural en lugar de alisarlo sin más. Separó en secciones el pelo de Ifemelu, desprendió una hebra de la pila de extensiones que tenía en la mesa y empezó a trenzar diestramente.

—Aprietas demasiado —se quejó Ifemelu—. No aprietes tanto. —Como Aisha continuó trenzando al máximo, Ifemelu pensó que quizá no la había entendido y, tocándose la trenza en litigio, dijo—: Muy apretada, muy apretada.

Aisha le apartó la mano sin contemplaciones.

—No. No. Deja. Está bien.

—¡Está apretada! —exclamó Ifemelu—. Aflójala, por favor.

Mariama las observaba. Soltó una andanada en francés. Aisha aflojó la trenza.

—Disculpa —dijo Mariama—. No entiende muy bien.

Pero Ifemelu vio que Aisha, a juzgar por su cara, sí entendía muy bien. Sencillamente era una verdulera de la cabeza a los pies, inmune a las sutilezas cosméticas del servicio a la cliente estadounidense. Ifemelu se la imaginó trabajando en un mercado de Dakar, como las trenzadoras de Lagos que se sonaban y se limpiaban las manos en los delantales, movían la cabeza de la clienta a tirones para colocársela en mejor posición, se quejaban de lo espeso o lo duro o lo corto que era el pelo, hablaban a gritos con mujeres que pasaban, y todo eso sin parar de charlar con demasiada estridencia y hacer trenzas demasiado apretadas.

—¿Tú conoces? —preguntó Aisha, lanzando una ojeada al televisor.

—¿Qué?

Aisha lo repitió, y apuntó con el dedo a la actriz en la pantalla.

—No —respondió Ifemelu.

—Pero tú nigeriana.

—Sí, pero no la conozco.

Aisha señaló la pila de DVD en la mesa.

—Antes, demasiado vudú. Malísimo. Ahora cine de Nigeria muy bueno. ¡Una casa grande y bonita!

Ifemelu no tenía una gran opinión del cine de Nollywood, con su histrionismo extremo y sus tramas inverosímiles, pero movió la cabeza en un gesto de asentimiento, porque oír «Nigeria» y «bueno» en la misma frase era un lujo, aun viniendo

do de esa extraña senegalesa, y decidió interpretarlo como un augurio de su regreso al país.

Todos aquellos a quienes había anunciado que volvía parecían sorprenderse, en espera de una explicación, y cuando ella añadía que se iba porque quería, arrugas de perplejidad aparecían en las frentes de sus interlocutores.

«Cierras el blog y vendes el apartamento para volver a Lagos y trabajar en una revista que no te pagará nada del otro mundo», había dicho la tía Uju, y después lo había repetido, como para meterle en la mollera la gravedad de su desatino. Solo Ranyinudo, su vieja amiga de Lagos, había dado rango de normalidad a su regreso. «Ahora Lagos está lleno de retornados de Estados Unidos, así que mejor que vuelvas y seas una más. Los ves siempre por ahí con su botella de agua a cuestas como si fueran a morirse de calor si no beben a cada minuto», dijo Ranyinudo. Se habían mantenido en contacto, Ranyinudo y ella, a lo largo de los años. Al principio se escribían infrecuentes cartas, pero cuando abrieron los cibercafés, se propagaron los teléfonos móviles y Facebook creció como la espuma, empezaron a comunicarse más a menudo. Fue Ranyinudo quien, unos años atrás, le había contado que Obinze iba a casarse. «Entretanto se ha forrado de lo lindo. ¡Ya ves lo que te has perdido!», había dicho Ranyinudo. Ifemelu simuló indiferencia ante la noticia. Al fin y al cabo, había roto todo contacto con Obinze, y de eso hacía mucho tiempo, y por entonces ella iniciaba su relación con Blaine, y se instalaba felizmente en una vida en común. Pero después de colgar no pudo quitarse ya a Obinze de la cabeza. Imaginarlo en su boda le produjo un sentimiento de pesadumbre, una pesadumbre mortecina. Aun así, se alegraba por él, se dijo, y para demostrarse que se alegraba por él, decidió escribirle. No sabía bien si conservaba su dirección antigua y envió el e-mail medio esperando que no contestara, pero sí contestó. Ella por su parte no volvió a escribirle, porque para entonces había reconocido que aún brillaba en su interior una pequeña luz. Era mejor dejar las cosas como estaban. En diciembre anterior, cuando

Ranyinudo le contó que se había encontrado con Obinze, acompañado de su hija de corta edad, en el centro comercial Palms (e Ifemelu aún no podía representarse ese centro comercial amplio y moderno de Lagos; lo único que acudía a su mente cuando lo intentaba era el comprimido Mega Plaza que ella recordaba) —«Se lo veía tan limpio, y su hija es tan mona», dijo Ranyinudo—, Ifemelu sintió una punzada por todos los cambios que habían tenido lugar en la vida de él.

—Cine nigeriano muy bueno ahora —comentó Aisha.

—Sí —respondió Ifemelu con entusiasmo.

En eso se había convertido, en una buscadora de auspicios. Como las películas nigerianas eran buenas, su regreso al país acabaría bien.

—Tú yoruba en Nigeria —dijo Aisha.

—No. Soy igbo.

—¿Tú igbo? —Una sonrisa asomó al rostro de Aisha por primera vez, una sonrisa que dejó a la vista tanto sus diminutos dientes como sus encías oscuras—. Pienso tú yoruba porque tú oscura y los igbo claros. Yo tengo dos hombres igbo. Muy buenos. Los hombres igbo cuidan muy bien las mujeres.

Aisha casi susurraba, con una insinuación sexual en el tono, y la decoloración de sus brazos y su cuello, vista en el espejo, se convirtió en horrendas pústulas. Ifemelu imaginó que algunas reventaban y supuraban, otras se descamaban. Apartó la mirada.

—Los hombres igbo cuidan muy bien las mujeres —repitió Aisha—. Me casaría. Me quieren pero la familia prefiere mujer igbo, dicen. Porque igbo siempre se casa con igbo.

Ifemelu contuvo el impulso de echarse a reír.

—¿Te casarías con los dos?

—No —contestó Aisha con un gesto de impaciencia—. Me casaría con uno. Pero ¿eso es verdad? ¿Igbo siempre se casa con igbo?

—Los igbo se casan con cualquiera. El marido de mi prima es yoruba. La mujer de mi tío es escocesa.

Aisha dejó de trenzar por un momento y observó a Ifemelu en el espejo, como si estuviera decidiendo si creerla o no.

—Mi hermana dice que es verdad. Igbo siempre se casa con igbo.

—¿Y tu hermana cómo lo sabe?

—Conoce a muchos igbo en África. Vende ropa.

—¿Dónde está?

—En África.

—¿Dónde? ¿En Senegal?

—En Benín.

—¿Por qué dices África en vez de decir sencillamente el país al que te refieres? —preguntó Ifemelu.

Aisha chascó la lengua.

—Tú no conoces Estados Unidos. Aquí dices Senegal y la gente dice: ¿dónde está eso? A una amiga mía de Burkina Faso le preguntan: ¿tú país en Latinoamérica? —Aisha reanudó el trenzado con una sonrisa pícaro y de pronto, como si Ifemelu no entendiese ni remotamente cómo se hacían las cosas allí, preguntó—. ¿Tú cuánto tiempo en Estados Unidos?

Ifemelu decidió que sin duda Aisha le caía mal. Deseaba atajar la conversación de inmediato, para no tener que cruzar con ella ni una sola palabra más de las estrictamente necesarias durante las seis horas que tardaría en trenzarle el pelo, así que fingió no oírla y sacó el teléfono. Dike no había contestado a su sms. Siempre respondía en cuestión de minutos, pero a lo mejor seguía en el entrenamiento de baloncesto, o estaba con sus amigos, viendo algún vídeo absurdo en YouTube. Lo llamó y dejó un largo mensaje, levantando la voz, hablando y hablando de su entrenamiento de baloncesto y de que si en Massachusetts hacía también tanto calor y de que si aún tenía previsto llevar a Page al cine ese día. A continuación, en un acto de temeridad, redactó un email para Obinze y, sin permitirse releerlo, lo mandó. Había escrito que regresaba a Nigeria, y de repente, por primera vez, tuvo la clara sensación de que era verdad, pese a que allí la esperaba ya un empleo, pese

a que su coche iba en un barco camino de Lagos. «Hace poco he decidido volver a Nigeria.»

Aisha no se dejó desalentar. En cuanto Ifemelu apartó la vista del teléfono, volvió a preguntar:

—¿Tú cuánto tiempo en Estados Unidos?

Ifemelu guardó el teléfono en el bolso con toda parsimonia. Años atrás le habían hecho una pregunta parecida, en la boda de una de las amigas de la tía Uju, y ella había contestado «dos años», que era la verdad, pero al ver la expresión de sorna que asomó al rostro de la otra nigeriana aprendió que, para ganarse el premio de ser tomado en serio entre los nigerianos establecidos en Estados Unidos, entre los africanos establecidos en Estados Unidos, de hecho entre los inmigrantes establecidos en Estados Unidos, necesitaba más años. Seis años, empezó a decir cuando eran solo tres y medio. Ocho años, decía cuando eran cinco. Ahora que eran ya trece, mentir parecía innecesario, pero mintió igualmente.

—Quince años.

—¿Quince? Eso mucho tiempo. —En los ojos de Aisha se traslució un nuevo respeto—. ¿Tú vives aquí en Trenton?

—Vivo en Princeton.

—Princeton. —Aisha se quedó en silencio por unos segundos—. ¿Tú estudiante?

—Tenía una beca de investigación —respondió, a sabiendas de que Aisha no entendería qué era una beca de investigación, y en ese excepcional momento en que Aisha parecía intimidada, Ifemelu sintió un retorcido placer. Sí, Princeton. Sí, uno de esos sitios que Aisha solo podía imaginar, uno de esos sitios donde nunca habría letreros donde se leía DEVOLUCIÓN RÁPIDA DE LA RENTA; en Princeton la gente no necesitaba devoluciones rápidas de la renta—. Pero me voy a Nigeria —añadió, asaltada por un repentino cargo de conciencia—. Me voy la semana que viene.

—A ver a la familia.

—No. Me vuelvo. A vivir en Nigeria.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Y por qué no?

—Mejor mandarles dinero. A no ser que tu padre sea hombre importante... ¿Tienes contactos?

—He encontrado trabajo allí —dijo Ifemelu.

—¿Quince años en Estados Unidos y vuelves solo por un trabajo? —Aisha esbozó una sonrisa de suficiencia—. ¿Podrás quedarte allí?

La pregunta de Aisha le recordó las palabras de la tía Uju cuando por fin aceptó que Ifemelu tenía la firme intención de regresar —«¿Lo aguantarás?»—, y ante la insinuación de que Estados Unidos de algún modo la había alterado irrevocablemente le salieron espinas en la piel. También sus padres parecían pensar que quizá ella no «aguantara» Nigeria. «Al menos ahora tienes la nacionalidad estadounidense, así que siempre puedes volver a Estados Unidos», había dicho su padre. Los dos habían mostrado mucho interés en saber si Blaine la acompañaría, colmadas sus preguntas de esperanza. A ella le hacía gracia lo mucho que le preguntaban ahora por Blaine, porque les había llevado su tiempo conciliarse con la idea de ese novio negro estadounidense suyo. Los imaginaba fraguando planes calladamente para su boda; su madre pensaría en el catering y los colores, y su padre pensaría en algún distinguido amigo a quien pedir que actuara de padrino. Reacia a desilusionarlos, ya que era poco lo que se necesitaba para alimentar sus ilusiones, que a su vez los ayudaban a conservar la felicidad, explicó a su padre:

—Hemos decidido que primero volveré yo, y Blaine se reunirá conmigo al cabo de unas semanas.

—Estupendo —dijo su padre, y ella no añadió nada porque era mejor dejar las cosas en «estupendo» sin más.

Aisha le dio un tirón de pelo un tanto excesivo.

—Quince años en Estados Unidos es mucho tiempo —comentó Aisha, como si hubiera estado reflexionado al respecto—. ¿Tienes novio? ¿Te casas?

—También vuelvo a Nigeria para ver a mi hombre —dijo Ifemelu, sorprendiéndose a sí misma. «Mi hombre.» ¡Qué fã-

cil era mentir a los desconocidos, crear ante los desconocidos las versiones de nuestras vidas que imaginamos.

—¡Ah! ¡Vale! —exclamó Aisha, más animada; Ifemelu le había proporcionado por fin una razón comprensible para desear el regreso—. ¿Te casas?

—Puede ser. Ya veremos.

—¡Ah! —Aisha interrumpió el trenzado y fijó la mirada en ella a través del espejo, una mirada muerta, e Ifemelu temió por un momento que aquella mujer poseyese poderes adivinatorios y supiese que mentía—. Quiero que ves a mis hombres. Los llamo. Vienen y los ves. Primero llamo a Chijioke. Trabaja taxi. Luego a Emeka. Trabaja seguridad. Tú los ves.

—No hace falta que los llames solo para que me conozcan.

—No. Los llamo. Diles que igbo puede casarse con gente no igbo. A ti hacen caso.

—No, de verdad. No puedo.

Aisha continuó hablando como si no hubiera oído.

—Tú díselo. Te hacen caso porque eres hermana igbo. Cualquiera me sirve. Quiero casarme.

Ifemelu miró a Aisha, una senegalesa menuda, de rostro corriente y piel a retazos que tenía dos novios igbo, por inverosímil que fuera, y que ahora insistía en presentárselos para que los instara a casarse con ella. De ahí habría salido un buen post para el blog: «Un caso peculiar de negra no estadounidense, o De cómo las presiones de la vida del inmigrante la llevan a una a comportamientos delirantes».